

esperando a su madre bajo una higuera. El dato valioso es que justo en ese instante Galen "estaba leyendo *Siddharta* por enésima vez, el joven Buda con la mirada fija en el río". Parece como si el autor quisiera encerrar en esta frase la esencialidad del libro. Pero en esa primera mitad aparecen otros personajes que mantienen una estrecha relación con Galen y su madre. Son la abuela materna, ingresada en una residencia geriátrica del lugar, que pierde la memoria y está en posesión de una incierta fortuna codiciada por todos; la tía Helen, que se considera discriminada por la madre a favor de la hermana mayor, y Jennifer, la prima dominante de Galen, de diecisiete años, con la que (él) pierde la virginidad en una sobrecogedora escena de sexo compulsivo.

Lo admirable es la forma con que a lo largo de las primeras ciento y tantas páginas Vann construye una intriga dramática progresiva, entrelazando con hilos de diferentes colores las respectivas vidas privadas de cada uno de los cinco personajes y los vínculos estrictamente materialistas que los unen. Lo

La segunda mitad es la que, según creo, sitúa el texto a la altura de las grandes obras del arte de la ficción

que leemos huele a zafiedad; es lastimoso.

Pero a partir de la página 131 de la edición española, la novela vira en redondo. La anciana ha vuelto a la residencia, la tía Helen y la prima Jennifer han recibido un sustancioso cheque y se dan por satisfechas; las tres, pues, desaparecen

del encuadre del relato. Quedan solos y enfrentados en la destartada casa de los abuelos -el abuelo, un déspota que pegaba a la abuela- Suzie-Q y su hijo Galen, el seguidor del misticismo budista que dice querer desprenderse de las exigencias del cuerpo, de sus vínculos con la tierra, para alcanzar la trascendencia plena en la quietud del espacio. Así el conflicto se reduce a un duelo sin cuartel entre la madre y el hijo en un escenario acotado por la naturaleza: un galpón, un cobertizo, un robledal... el río cercano aunque invisible: "Galen siempre había mirado el agua pensando que su meditación sería la misma que la de Siddharta, agua donde vería formarse y disiparse las cosas, pero había tenido todo el tiempo bajo los pies su propia y legítima meditación, una meditación sobre la tierra".

No voy a desvelar lo que sucede de impredecible y brutal en el último centenar de páginas -es preciso leerlas con el aliento balbuceante, dejándose llevar- que Vann conduce con firme y admirable pulso narrativo. La historia es dura, desgarradora, y el estilo va adaptándose a la expresión de la enfermedad hipersensibilidad de Galen, mezcla de fracaso, miedo, alucinación y salvajismo, hasta que el lenguaje consigue traducir no ya la insensata realidad sino su alcance simbólico. Uno de los aciertos del libro.

La segunda mitad de *Tierra* es la que, según creo, sitúa el texto a la altura de las grandes obras del arte de la ficción. Relato de olores y sabores intensos, uno se hace a la idea de que no va a salir indemne de la lectura: olerá a maldición geológica, a tragedia antigua, a muerte de la dignidad en un cataclismo de avaricia, miedo, locura y vacío moral. Repito: desgarrador. |

Agustín García Simón
Retrato de un hombre libre

RENACIMIENTO
260 PÁGINAS
18 EUROS



Conversaciones Un erudito y su discípulo charlan en una cafetería de Valladolid. El resultado conecta con una tradición cultural en vías de desaparición

Un maireniano

LLÀTZER MOIX

Durante doce años, don Santiago de los Mozos y Agustín García Simón se reunieron cada viernes en una cafetería de Valladolid para hablar de historia, ideas, libros y actualidades. De los Mozos (Valladolid, 1922-2001) era catedrático de Gramática general y Crítica literaria de las universidades de Granada y Valladolid. García Simón es, desde hace tres decenios, director de publicaciones de la Junta de Castilla y León. La suya fue una relación intelectual, que principió como un magisterio clásico -García Simón califica de maireniana la personalidad de don Santiago- y dejó paso a la amistad. Al morir De los Mozos, García Simón quiso preservar su memoria y vindicar a quien considera un ejemplo de dignidad, excelencia y modestia. Fruto de su afán es *Retrato de un hombre libre*, donde rehace aquellas charlas entre personas de edad variada e ideas afines.

Estamos ante un libro anacrónico, inactual. Y no porque su contenido haya caducado, sino porque conserva rescoldos de una tradición cultural casi apagados por la banalidad actual. García Simón define a De los Mozos como una referencia cívica, intelectual y moral; como un ciudadano imbuido del pensamiento kantiano que reconoce en la idea del deber el móvil de toda acción; como un republicano agnóstico, con ambiciones intelectuales y docentes, cuya aspiración era vivir con dignidad en un ámbito de libertad común... A pocos les cuadra hoy una descripción de este tipo. De ahí el interés del libro, su perfume arqueológico, su valor como caja de resonancia de una inteligencia y un verbo infrecuentes.

¿De qué hablaban De los Mozos y García Simón? Pues de España, de los nacionalismos, del lastre de la tradición católica, de los intelectuales, de la universidad, de la provincia, de mujeres. Su criterio sobre los nacionalismos periféricos no es ni comprensivo ni tibio. Su idea del clero español se asocia a la opresión y el privilegio. Su compromiso intelectual con la verdad es insoslayable: "O se dice y se escribe la verdad o se calla uno", afirma De los Mozos. Su idea de España es amarga: "país zafio, indolente y poco amigo de la ciencia y la cultura". Su opinión sobre miembros de la

Hablan de España, de los nacionalismos, de la tradición católica, de los intelectuales, de la provincia, de mujeres

Real Academia, citados con nombre propio, y catedráticos es punzante. Y su idea de la vida en provincia, con "su trágala cursi y casposo, envidioso y relamido... de vulgaridad satisfecha", es pavorosa.

En suma, García Simón honra en este libro su deber de amistad. Lo hace con emotiva fidelidad y escrupulosas anotaciones, desplegando un castellano preciso y matizado, como el de De los Mozos, que quizás parezca redicho a quienes sobreviven tan panchos con 250 palabras. Y vuelve a acreditar, mediante esta semblanza dialogada, su versatilidad literaria, ya probada en su crónica histórica del último Carlos V, *El ocaso del emperador*, (Nerea, 1995), o en su libro de relatos *Cuando leas esta carta, yo habré muerto* (Siruela, 2009). |



Santiago de los Mozos (derecha) con Miguel Delibes
AGUSTÍN GARCÍA SIMÓN / RENACIMIENTO